

# Gente Que Pasa

## DON CARLOS

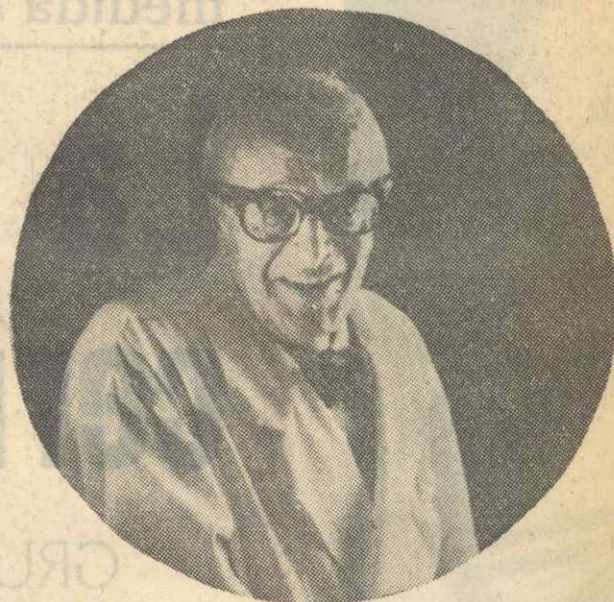
**A**NTES de que los jóvenes pensemos en tener aún más prisa; en abrir caminos en la selva apretada de vegetación por el procedimiento dialéctico del golpe de machete; de arrollar con nuestra ambición al lucero del alba, debemos detenernos un momento. Porque resulta que la juventud no la hemos «inventado» nosotros, y que en este país, donde tan mal nos conocemos unos a otros y hablamos y actuamos tantas veces de oídas, existen algunos otros jóvenes con edad física de padres y hasta

de abuelos que no han dejado de estar vigentes y que algunas cosas importantes han hecho y están haciendo todavía.

Uno de estos jóvenes es don Carlos Jiménez Díaz, ese madrileño nacido en la calle de Trujillo, bautizado en la iglesia del Carmen, cuyo nombre y significación es del dominio universal.

Don Carlos no ha tenido más privilegios que aquellos con los que llegó a este mundo, recibidos de la Providencia, que fueron mucho talento y unos padres bondadosos y modestos.

Estudió en el Centro de Instrucción Comercial—donde su padre pagaba cinco pesetas mensuales por él y tres



hermanos más—en compañía del hijo del pescadero, del huevero y del carnicero de la plaza de la Cebada. Después entró en la Facultad de Medicina y madrugó mucho para alcanzar el primer banco, que era desde donde se oían mejor las explicaciones de Cajal, mientras la mayoría de los estudiantes aguardaban sólo a que don Santiago pasase lista para tomar la puerta y coger sitio en torno a las mesas de billar.

Entretanto, don Carlos ganaba becas, que era el recurso de los estudiantes pobres para seguir una carrera universitaria, y tuvo clientela a la que ponía inyecciones para poder comprar libros de Medicina. A los veinticinco años ganó la cátedra de Patología y Clínica Médicas de la Universidad de Sevilla y desde entonces no ha dejado de alternar su entusiasmo por el estudio junto al enfermo y en los libros.

Un grave accidente de automóvil estuvo a punto de arrebatarnos a este gran valor de la Medicina española. Su espíritu joven prevalecía por encima de su cuerpo quebrado por los traumatismos,

para animar a los que le rodeaban.

—¿Qué es ser joven, don Carlos?

—Se es joven a pesar de los años, de las arrugas, del pelo blanco, de una pierna que no desarrolla su función normal... Marañón murió siendo un hombre joven. Creo en la juventud. Y la actual es maravillosa y, cuando se la da cuerda, llega muy lejos.

Decía Azorín, en cierta ocasión, que la vejez es falta de curiosidad. Pero don Carlos no ha conocido eso. Cuando iba a inaugurarse su Instituto de Investigaciones Clínicas y Médicas, modeló con sus propias manos una paloma, con las alas extendidas, que mandó fundir en bronce, para que se instalase en el vestíbulo del edificio, con este lema que él ha tomado siempre para su vida: «Horizonte».

Ayer he fumado un pitillo con don Carlos. Estaba risueño, en plena actividad y con muchos proyectos de realización inmediata. En sus manos, el bastón que aún lleva, se convertía en el junco de los elegantes de sus años mozos.

(Foto Gyenes.)

PUEBLO, 25 OCT. 1966